

CIENCIA Y FELICIDAD HUMANA. RECUERDO DE LEIBNIZ ¹

El progresivo avance del conocimiento científico-técnico nos ha ido sumergiendo de manera creciente en un mundo construido por nosotros mismos. La ciencia ha nutrido a la cultura moderna con sus métodos y con sus logros efectivos: más comodidades, mayor facilidad de comunicación entre los hombres, mejores condiciones sanitarias, mayor poder sobre la naturaleza. No sin motivo, la ciencia sigue siendo considerada por muchos como el saber más seguro y eficaz.

Pero, a pesar de todos sus avances teóricos y aplicaciones prácticas, la ciencia no puede asegurar nuestra felicidad presente y futura. La investigación científica de la naturaleza y del hombre, dejada a sí misma, no puede proporcionarnos tal seguridad porque le resulta imposible controlar el empleo de sus avances. Esto quiere decir que o tenemos que renunciar a toda seguridad o debemos buscarla en otra parte.

Leibniz, gran pensador europeo y universal, preocupado por la felicidad del género humano, atisbó ya en los comienzos de la ciencia moderna, cuya metodología ha inspirado la de las ciencias actuales, sus *límites*. No pensó que el avance científico-técnico significaría un progreso humano integral. Nos encontraríamos ante una perspectiva parcial y superficial sobre lo real, ajena al ámbito de los fines. Por eso, durante toda su vida intelectual, reconoció la importancia básica de no perder de vista la investigación de un saber filosófico o sapiencial, desde el que fuese posible mantener las ciencias bajo control humano, al servicio de la felicidad humana.

¹ Texto de una comunicación presentada en el XIX Congreso Mundial de Filosofía, celebrado en Moscú del 22 al 28 de agosto de 1993.

1. CIENCIA Y SABIDURÍA

En el fondo de la reflexión de Leibniz sobre la ciencia ² está la preocupación por el hombre. Le interesa, sobre todo, la felicidad de cada hombre. O sirve la ciencia a nuestra felicidad o va mal encaminada. Sólo le importan los saberes en cuanto aseguran su felicidad y la de todos los hombres. Las investigaciones que no aprovechan directa o indirectamente a la felicidad humana son curiosidad inútil. Todos los saberes se orientan a la felicidad temporal o eterna del hombre.

Observemos, sin embargo, que su antropocentrismo se parece muy poco a los humanismo secularizados de nuestro siglo. Dios continúa siendo el centro de la realidad. Lo cual pone condiciones a la felicidad humana. Todo se ordena a la perfección o felicidad del hombre, mientras no se atente contra la perfección de Dios.

Saber y felicidad van indisolublemente unidos. Una serie de escritos en latín, francés y alemán, sin fecha precisa, integran todos los saberes científicos y metacientíficos en la sabiduría -saber de la felicidad- ³. La sabiduría, así concebida, cristaliza en sus planes de Enciclopedia o presentación ordenada de todos los saberes que sirven para fomentar la felicidad humana. La ciencia, por tanto, contribuirá a la auténtica felicidad humana si acertamos a integrarla adecuadamente en la sabiduría.

Leibniz niega a la ciencia un cheque en blanco. Dos palabras describen su actitud ante las nuevas vías de investigación sobre la naturaleza: entusiasmo y recelo. El progreso científico-técnico, fomentando los bienes temporales, puede obstaculizar el principio básico de la verdadera felicidad: el amor a Dios sobre todas las cosas. Podríamos perder la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Lamenta que no se ponga en el saber sobre Dios y sobre nuestro espíritu el mismo interés que en las investigaciones sobre los fenómenos de la naturaleza ⁴.

Un correcto empleo de la razón en la ciencia y más allá de la ciencia nos enseña lo que debemos hacer u omitir para ser verdaderamente felices. Ajeno al fatalismo de Espinosa, Leibniz destaca el protagonismo del hombre en el logro de su felicidad. Con su esfuerzo puede ganarla, conservarla y aumentarla. La ciencia, integrada en la sabiduría o Enciclopedia, sirve a tal objetivo.

Pero, con los estoicos, reconoce que los hombres no controlan totalmente su historia. Por tanto, los científicos no han de realizar sus investigaciones

2 Cf. Murillo, Ildefonso, *El sentido de la ciencia en Leibniz. Hacia una teoría integral de la ciencia*, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1984.

3 GP VII 43-126.

4 GP VII 323-324.

con un espíritu prometeico, seguros de que de ellos solos depende la felicidad humana, sino con la modestia de quienes saben que su felicidad y el éxito mismo de su ciencia radican en la sabiduría y en el poder de Dios.

2. EL VALOR DE LA CIENCIA

En definitiva, la contribución de la ciencia a la felicidad humana depende de su puesto dentro de la escala de valores a partir de la cual se constituyen y justifican las normas que han de regir el actuar humano: las normas conducentes a nuestra auténtica felicidad. Por tanto una reflexión sobre el valor de la ciencia puede determinar el aprecio mayor o menor que merece respecto de otros saberes. Llamo valor a lo que en una realidad representa la razón de un aprecio justificado.

La teoría leibniziana de la ciencia va contra la supervaloración y contra el menosprecio de la ciencia. Las reacciones anticientíficas carecen de fundamento firme y son perjudiciales para el hombre. Lo valioso hay que integrarlo en la escala real de valores. Y la ciencia es algo valioso.

Su valor corresponde al de los problemas que plantea y que resuelve y a sus aplicaciones prácticas. Leibniz, como en el caso de los demás saberes, presta gran atención a su valor teórico y a su valor práctico⁵. Valores con los cuales tiene bastante que ver la promoción temporal de la felicidad humana.

En un momento muy distinto del actual, cuando la visión científica del mundo determina intensamente nuestra cultura a través de la enseñanza, de los medios de comunicación social y de la industrialización, Leibniz somete el conocimiento científico de la naturaleza, recién inaugurado, a una aguda reflexión. Se pregunta por qué no puede negarse desde la ciencia el nivel metafísico de la realidad, por qué se necesita un nivel metafísico más allá del nivel científico y cuál es la peculiaridad del nivel metafísico. Después de comparar ambos conocimientos en la escala de valores teóricos, concede a la ciencia un puesto menos elevado que a la metafísica. Consigue librarse de dos peligros que acechan al hombre dedicado a la investigación científica: de la supervaloración de la ciencia y del agnosticismo metacientífico. Bellamente escribe Unamuno que “la ciencia es un sauce a la orilla de un lago, que ve y agita la sombra superficial en él, pero nunca se ha sumergido en el abismo”⁶. El hombre no está condenado al saber superficial de la ciencia, sino que puede bucear en el abismo.

5 NE IV 7 (1704). GP V 398.- A Zentrini (13 marzo 1716). GM IV 250.

6 *Ensayos I*, Aguilar, Madrid 1942, p. 906.

Leibniz valora especialmente las teorías científicas por sus derivaciones técnicas. Percibe claramente la conexión entre el conocimiento científico y la capacidad de actuar eficazmente sobre la naturaleza. Los hombres producen en la naturaleza transformaciones maravillosas gracias al conocimiento de sus leyes.

Las derivaciones prácticas de la ciencia contribuyen a nuestra felicidad al fomentar el recreo de nuestros sentidos, al aumentar las comodidades de la vida y al restablecer o conservar nuestra salud. Exclama Leibniz el año 1671: "Seríamos felices y quizás soberanos de nuestro cuerpo *-et forte corporis nostri domini-* si se hubiera realizado hace diez siglos lo que ahora penosamente se ha comenzado. Pero nunca lo útil se inicia tarde" ⁷. El saber científico y metacientífico, en cuanto camino de felicidad, obsesiona a Leibniz durante todas las etapas de su vida. Hemos de centrar nuestra atención en aquellas cuestiones teóricas de cuya solución se sigan consecuencias útiles para el hombre. Manifiesta especial preocupación por el avance de la medicina.

No debemos inferir de aquí, sin embargo, que Leibniz defiende un mero utilitarismo. La verdad no se prueba por su eficacia práctica y recompensa por sí misma nuestra búsqueda. Además insiste en la importancia de respetar los distintos niveles de la verdad.

El biólogo contemporáneo J. Monod piensa que el mal del alma moderna brota en la *mentira radical* o intento de fundar el comportamiento humano en algo distinto de la ciencia ⁸. Otros pensadores, como el español Jesús Mosterín en su obra *Racionalidad y acción humana* ⁹, ofrecen un diagnóstico y un tratamiento semejantes de la situación de crisis de nuestra cultura. Las sociedades modernas deberían su poderío material a la ciencia y su debilidad moral a los sistemas de valores arruinados por la ciencia, a los que pretenden todavía atenerse. Tan sólo una ética fundada en el principio de objetividad de la naturaleza, por el que se rechaza toda interpretación teleológica de los fenómenos naturales, sería compatible con la ciencia y capaz de guiar la evolución del mundo moderno, pues han quedado arruinadas todas las concepciones míticas o filosóficas sobre las que basa su ética la tradición animista, en la que se incluyen la tradición judeocristiana y el materialismo dialéctico.

Leibniz no concedería que los sistemas de valores fundados en una verdadera metafísica puedan ser arruinados por la ciencia rectamente entendida. ¿Cómo sabe el hombre que está sólo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar? ¿Qué le asegura que nadie le ha trazado su destino y su deber? Las opciones no valen a la hora de hacer juicios de ver-

7 *Hypothesis Physica nova* (1671). GP IV 224.

8 *El azar y la necesidad*, Barral Editores, Barcelona 1972, pp. 31, 185, 186, 190, 193.

9 Alianza, Madrid 1978, pp. 65-71.

dad o de valor. La realidad del mundo no depende del arbitrio humano. El hombre, imagen de Dios, puede planificar técnicamente y de otros modos el futuro, puede transformar el mundo. Pero, más allá de los proyectos humanos, está el plan divino que todo lo absorbe dentro de sí, aun los planes humanos libremente decididos. Por la ciencia no podemos negar esto.

Consiguientemente, si reconocemos realistamente lo que la ciencia puede ofrecer, evitaremos tanto cualquier tipo de cientismo como el desencanto ante la ciencia de algunos pensadores llamados “postmodernos”.

3. CONTROL ÉTICO DE LA CIENCIA

Por sí sola, la ciencia no puede indicarnos qué debemos hacer para perfeccionarnos humanamente, para ser verdaderamente felices, pues desconoce el ser más profundo del hombre y no sabe nada sobre Dios. De lo cual nace una peligrosa disyuntiva. Puede provocar el obscurecimiento o la eliminación del saber tradicional sobre Dios y sobre el hombre, hacer brotar un mundo en que la vida y el espíritu pierdan su sitio, o puede favorecer la felicidad humana. Una verdadera metafísica y una buena ética permitirían orientarse hacia el polo positivo de la disyuntiva. La autonomía mutua de la ciencia y de la ética no implica que la ciencia sea impermeable a todo control ético.

Cuando respetamos en nuestra actividad científico-técnica la escala o jerarquía de valores teóricos y prácticos, actuamos bien éticamente. Es decir, orientamos la ciencia y la técnica a la verdadera perfección del hombre, a su felicidad y a la gloria de Dios, tres objetivos cuya realidad coincide en el fondo. Alcanzaremos tanta mayor felicidad cuanto más aumentemos nuestra perfección. Por otra parte, en la perfección autoconsciente del hombre se realiza la gloria de Dios.

Deshonran al género humano quienes se quedan con los brazos cruzados, pudiendo hacer progresar las ciencias. Hasta la ley de la caridad debe impulsarnos a cultivarlas. Merece condena la holgazanería pietista. Lo mismo que algunos varones piadosos cultivan la tierra, plantan árboles y domesticar animales, así conviene que haya quienes, según su ingenio, “adopten como preocupación propia el aumentar la perfección del mismo género humano y encender los ánimos en amor divino con la Sabiduría de Dios manifestada por todas partes”¹⁰.

El que cumple la norma ética suprema, el amor a Dios sobre todas las cosas, no regatea sus esfuerzos para la construcción de un futuro humano

10 *Praecognita ad Encyclopediam* (1680 ?), GP VII, 46.

mejor. La paciencia ante lo inevitable o la conformidad con lo que nos ha sucedido, en lo que se manifiesta la voluntad de Dios respecto al pasado, no nos dispensa de actuar según la voluntad presunta de Dios respecto al futuro, “tratando con todo nuestro poder de contribuir al bien general y especialmente al adorno y perfección de lo que nos toca y nos es próximo y, por así decir, al alcance de la mano”¹¹. La conquista del reino de la Tierra no se opone en sí a la del reino de los Cielos. Le parece ridícula a Leibniz la actitud de los que esperan con los brazos cruzados a que Dios solucione sus problemas temporales. Recuerda expresamente la máxima cristiana de que al que busca el reino de Dios lo demás se le da por añadidura. Pone los valores temporales al servicio de los valores eternos.

Contra las acusaciones hechas a la ciencia de que vacía de sentido la existencia humana, de que la destruye, no basta afirmar que la ciencia misma es su propio objetivo¹². ¿No será posible evitar que nuestro mundo avance hacia una barbarie matemática que, a fuerza de medir todo, pierde el sentido de la medida?¹³

Si se admite, a ejemplo de Leibniz, un control ético del actuar humano científico desde una ética fundada en la verdadera metafísica, fundamentación que evita que su orientación eudemonista degeneren en puro hedonismo, estas posibles consecuencias desaparecen. La física moderna y los saberes metodológicamente inspirados en ella no bastan para construir un futuro humano mejor. Las preguntas más importantes quedan sin respuesta. Una cultura defensora de la libertad y dignidad humana, como pretenderá serlo la del siglo XX, según algunas de sus declaraciones¹⁴, carecería de justificación. Incapaces de salvar al hombre, lo someterían a un permanente suplicio de Tántalo: a una sed inextinguible de felicidad. No aseguran una utilización de sus adelantos en beneficio del hombre.

Una cultura dominada por la ciencia nos encerraría en la cárcel inhumana de lo superficial, de lo parcial y de lo abstracto. La realidad del hombre en su razón y libertad, en su mismo cuerpo, está más allá de lo investigable por la ciencia, de lo tecnificable. Previendo de algún modo el peligro de un mal empleo de las ciencias y de las fuerzas que podrían desencadenar, Leibniz juzgó imprescindible su control ético o integración en la Sabiduría.

11 DM & 4. GP IV 429-430.

12 Cf. Jaspers, Karl, *Der philosophische Glaube angesichts der Offenbarung*, Piper, München 1963, p. 98.

13 Cf. GUSDORF, Georges, *Introduction aux sciences humaines*, Les Belles Lettres, Paris 1960, p. 510.

14 Cf. *Los derechos humanos*. Declaraciones y convenios internacionales, Tecnos, Madrid 1974.

4. PROYECCIÓN ACTUAL

Ante la amenazante o actuante barbarie del especialismo, ante el desencanto científico-técnico, su reflexión sobre el control ético de la ciencia puede servirnos de valioso incentivo. Nuestra situación es semejante en algunos aspectos a la suya. Sólo que para nosotros es ya presente lo que para él era sólo futuro previsible.

Heidegger estaba convencido de que en el mismo lugar del mundo en que surgió el pensamiento pragmático-positivista, subyacente a la técnica moderna, debe despertarse un pensamiento que ayude a los hombres a establecer una relación libre con el mundo técnico. Y daba la razón. Un pensamiento sólo puede transformarse por otro pensamiento que tenga el mismo origen y destino. Quizás Leibniz, por su peculiar actitud frente a su pasado y frente a su futuro previsto, que es en gran parte nuestro presente, pueda ser más que un incentivo, pueda ayudarnos eficazmente a realizar esa transformación.

¿No será posible a nuestra cultura asimilar el progreso científico-técnico sin eliminar la sabiduría integradora o saber de la felicidad? Leibniz respondería que sí es posible. Y no adoptaría esta respuesta por temor al futuro o por defensa fanática del pasado. A su doctrina no le caracteriza ni el aferramiento miedoso al pensamiento tradicional ni la aceptación acrítica de la ciencia moderna en sus primeros pasos. Pretendió estructurar un sistema que, respetuoso de los elementos positivos de la antigüedad griega y del medievo cristiano, integrara adecuadamente las nuevas investigaciones de la naturaleza, presupuesto germinal de la técnica moderna y contemporánea.

La religión y la ética, la sabiduría, ámbitos culturales que antes se destruyen que dejarse reducir al nivel científico, no tendrían por qué desaparecer ante el avance de la ciencia. Necesitamos ponernos de acuerdo sobre unos cuantos principios integradores de toda la riqueza de nuestra cultura, al servicio de la felicidad humana, o aspirar a ello. Lo exige la situación actual de nuestro mundo. Pues aún no se ha logrado abrir paso un nuevo pensamiento comunmente aceptado. Las palabras especialmente graves que Ortega y Gasset pronunció en la Universidad Libre de Berlín, el 7 de septiembre de 1949, sobre Europa no han perdido actualidad. Se nos han vuelto cuestionables todos los principios de nuestra cultura.

Opino que un modo de superar la crisis actual, de la que es causa en parte el pensamiento cientista en cuanto desnaturaliza o anula lo que constituye y posibilita la auténtica felicidad humana, sería la dedicación a la búsqueda filosófica siguiendo creativamente el ejemplo de Leibniz. Pues una filosofía no pierde su valor por remontarse al pasado. Actualidad no significa renuncia a lo profundamente pensado en otras épocas. El carácter histórico del saber

filosófico no ha de manifestarse en una simple *variación* de problemas que otros han planteado, sino en una integración de los resultados positivos del pasado en la solución de los problemas presentes.

RESUMEN

En las últimas décadas de nuestro siglo hemos asistido a un resquebrajamiento de la fe en el progreso científico-técnico. ¿A qué se ha podido deber este fenómeno? La filosofía de Leibniz, uno de los iniciadores de la ciencia moderna, cuya metodología ha inspirado la de las ciencias actuales, nos ayuda a plantear y resolver este problema en relación con la promoción de la felicidad humana.

Se ha de evitar la supervaloración y el menosprecio de la ciencia. Las investigaciones científicas han de ser integradas dentro de lo que él llama "sabiduría" o saber de la felicidad. De ese modo se contribuiría eficazmente a la creación de una cultura armónica, a favor de un futuro más feliz para todos los hombres.

Es decir, la contribución de la ciencia a la felicidad humana depende de su puesto dentro de la escala de valores a partir de la cual se constituyen y justifican las normas que han de regir el actuar humano: las normas conducentes a nuestra auténtica felicidad. Su valor corresponde al de los problemas que plantea y que resuelve y a sus aplicaciones prácticas. Leibniz niega que los sistemas de valores fundados en una verdadera metafísica puedan ser arruinados por la física moderna y los saberes metodológicamente inspirados en ella.

Por eso puede venir bien recordar a Leibniz en la actual situación histórica, en que han adquirido realidad presente peligros que él con lucidez extraordinaria había previsto.

ILDEFONSO MURILLO